

Blancas cortinas de costosa tela,
Sobre las puertas míranse flotar:
Lujo, riqueza, en todo se revela. . . .
¿Qué rica fiesta preparando están?

V

Como la flor meditabunda y pálida,
Sola Denisa en su aposento está;
De cuando en cuando su mirada rápida
Alza del cielo al insondable mar.

Por su mejilla trasparente y lánguida,
Donde ya no hay frescura ni carmin,
Se ve rodar abrasadora lágrima,
Que viene entre sus dedos á morir.

La *postrer* luz del matinal crepúsculo
Viene sobre su frente á iluminar
De sus recuerdos misterioso cúmulo,
Que arroja en su alma horrible tempestad.

Ella recuerda con encanto púdico
De su pérfido amante el dulce amor;
¡Ay! y también los juramentos últimos
Que de los sauces á la sombra oyó.

Como se mira moribunda tórtola
Presa en las garras de furioso halcón,
Allí en su negra soledad monótona,
Lucha y sucumbe presa del dolor.

De su silencio sepulcral y tétrico,
La amante voz del duque la sacó:
¡Ay! mientras él la contemplaba férvido,
Ella soñaba en su perdido amor.

VI

¿Por qué, le dice el duque enamorado,
Estrechando sus manos delirante,
Por qué esa palidez en tu semblante,
No eres el ángel de mi amor soñado?

¿Por qué tiemblan tus manos en los mias,
Y al suelo bajas tus hermosos ojos?
¿Por qué se mueren en tus labios rojos
Las dulces risas de pasados días?

Lebanta tu cabeza erguida y pura,
Alza al espacio tu serena frente;
Calma mi pobre corazón ardiente:
Con un mirar de angélica ternura.

¡Lloras! ¿Por qué? ¿No sabes que te adoro?
¿Temes acaso que mi amor te falte?
No de tu tez empañes el esmalte
Ni rasgues mi alma con tu acerbo lloro.

Dentro de una hora tu gentil cabeza
El blanco velo cubrirá de esposa:
Serás de mi palacio altiva diosa
Y envidiarán las damas tu grandeza.

Una mirada me dará tus leyes;
Serás mi reina; esclavo de tus ojos;
Respetaré anheloso tus enojos
Y mi alta dicha envidiarán los reyes.

Serás entre las bellas de la corte
La rica perla, el astro refulgente,
La corona ducal pondré en tu frente,
Serás mi estrella, mi fanal, mi norte.

Será tu amor mi venturosa calma,
Será tu amor la luz de mi existencia;
Tendrá tu imagen, mi única creencia,
Trono en mi corazón, altar en mi alma.

Basta, duque, ya sé que no merezco,
Ese amor invencible que me abrumba;
Que en cambio de ese amor, la espesa bruma
De mi llanto y dolor solo os ofrezco.

La imagen pura del infiel Ricardo
Al unirme con vos llevé en el pecho:
Vos sabeis que à pesar de mi despecho,
En ese fuego de su amor aun ardo.

Mas nada importa, duque, no me aterra
Esa pasión que en mi alma se levanta;
Yo la destrozaré bajo mi planta,
Mi alma le jura rencorosa guerra.

Calló Denisa, y en su altiva frente
Brilló el orgullo de su noble raza;

Mas, ¡ay! ¡en vano la infeliz rechaza.
La eterna imagen de su amor ausente!

VII

Daban las diez en la vecina iglesia:
El sol bañaba con su ardiente fuego
La ruda cresta del adusto monte,
La fuente murmuraba,
Y en sus tersos cristales,
Radiante como el sol del medio-día,
La arena de oro y plata se arrastraba.

Allá en la selva de follaje espeso,
Con mágico embelésio,
Cantaba melancólica patoma

Sus penas, sus amores,
Y jugando en la ruda espinocilla
La mariposa leve,
Que con su tersa y trasparente alilla,
Tronco, rosas, botones y hojas muéve,
Aspiraba orgullosa
La esencia de la púdica violeta,
Con sus alas en forma de abanico,
Mientras almíbar delicado y rico,
La alegre chuparrosa de los prados
Saboréaba en su delgado pico.

Hay momentos, hay dias, hay instantes
Terribles en la vida,
Que fijan el destino

Hiriendo nuestras fibras palpitantes,
 Que marcan lentos con sangriento dedo
 El porvenir lejano,
 En que soñamos delicadas rosas,
 En que forjara nuestra loca mente
 Ilusiones y risas:
 Y al mirarle buscamos espantados
 Donde poner los ojos,
 Que en vez de brisas y de Abril eterno
 Tenemos á la vista negro infierno:

Quisiéramos huir; ¿mas hácia dónde
 Que no encontremos la verdad desnuda?
 ¿A dónde que no esté la mano ruda
 De esa sentencia que la dicha esconde?

¡Ay! la triste Denisa se encontraba
 En una de esas horas,
 Que marcan el destino asoladoras:
 Sombras de muerte mira
 A dónde quiera que los ojos gira!

Aislada de su cámara en la estancia,
 Esposa ya del duque,
 Mira pasar su candorosa infancia,
 Sus inocentes juegos y sus risas,
 Su juventud de amores,
 La fresca primavera con sus brisas,
 Escucha de su beso los rumores,
 La ve perderse con sus blancas flores.

No llora, no, ni se lamenta triste:
 Hay en su faz aterradora calma;
 Vaga en sus labios tétrica sonrisa,
 ¡Ay! ¡cómo el mar en superficie lisa
 Cubre la ruda tempestad de su alma!
 Sus ojos brillan con placer extraño
 ¡Y no revela su tranquila frente
 La marca de un terrible desengaño!

Un villete de rosa perfumado
 Hace latir su seno delicado:
 Le besa, le acaricia,
 Y fija en él sus ojos con delicia.

¿Quién á la linda y jóven desposada
 Le dirigió esa carta perfumada,
 Cuando su fé y su mano
 Acababa de dar en los altares?
 ¿Quién á turbar la fiesta corrió insano,
 Introduciendo en ella los pesares?
 Volvamos á Ricardo, á quien un día
 Dejamos caminando para Francia,
 Soñando de su amor con la constancia.

VIII

A Paris llegó Ricardo,
 De amor y tristeza lleno,
 Con la esperanza en el alma
 Y la inquietud en el pecho.

Con la imagen de su amada
Ocultá en el pensamiento,
La capital recorría
Embriagado y satisfecho.

Admiraba sus palacios,
La amenidad de su suelo,
Sus flores de aroma puño,
Sus fuentes y sus paseos.

Cada brisa que jugaba
Sus perfumados cabellos,
Le recordaba el encanto
Del ángel de sus ensueños.

Denisa estaba en las flores,
En las nubes, en el viento,
En el suspiro del aura
En la onda del arroyuelo.

Encontraba sus miradas
De la luna en el reflejo,
Donde cantaban las aves
Allí escuchaba su acento.

Buscándola en todas partes
Y viéndola en cada objeto;
Fiel como amante ninguno,
Pasaba Ricardo el tiempo.

Con la impaciencia en el alma,
Esperaba ya el momento

De regresar á su patria,
Cuna de su amor inmenso.

Mas, infeliz, ignoraba
Que en este valle de duelo,
El destino se complace
En turbar nuestros deseos.

Faltaban solo dos dias
Para emprender su regreso,
Cuando el dueño de la casa
De gravedad cayó enfermo.

Era tío de Ricardo,
Al que amaba con exceso;
Así es que su pronta marcha
Se suspendió en el momento.

Mas luego escribió á Denisa
Aquel fatal contratiempo,
Haciéndole mil protestas
De su amor puro y eterno.

Al cabo de cuatro meses
Murió el desgraciado enfermo,
Y como hijos no tenia,
Nombró á Ricardo heredero.

En recibir intereses,
Que por cierto eran inmensos,
Ocho meses se pasaron
Para el amante, de infierno.

Partió, por fin, mas dos años
De ausencia daban recelo,
Inquietud, serios temores
A su enamorado pecho.

Al fin divisa las torres
De aquel castillo severo
Donde la bella Denisa
Le juró un amor eterno.

Latió su pecho con fuerza,
Se agolparon sus recuerdos,
Y se detuvo extasiado
Bajo la sombra de un fresno.

Derepente á sus oídos
Llegó de un hombre el acento;
Alzó sus ojos y al verle,
Rápido salió á su encuentro.

Era un mozo del castillo,
Antiguo, cual sus cimientos,
Leal servidor del conde,
Desde que era muy pequeño.

—¿Juan, le dice, me conoces?
El hombre se acercó luego:

—¡El caballero Ricardo!
Exclamó con embeleso.

—¿A dónde vais? le pregunta,
Después de un corto silencio:

—¿A dónde, sino al castillo
Donde está lo que mas quiero?

—Permitidme que os revele
Lo que ya no es un secreto.

—Dime todo lo que sepas,
Contéstó, palideciendo.

—La señorita Denisa,
Se ha casado hace un momento.

—¡Se ha casado! ¡ah! tú me engañas...
¡Perjura...! ¡no, no lo creo!

—Señor, ¿debeis olvidarla,
Porque no hay otro remedio,
Hoy es duquesa de Parma—
Y... víctima de un enredo.

—¡Víctima, dices, acaba!
Esto me parece un sueño,
¿La han obligado á casarse?
Dime si esperar aún puedo.

—Os contaré lo que pasa
Llanamente y sin rodeos:
Después de vuestra partida,
Al mes, poco mas ó menos,

Llegó el duque á este castillo,
Y al ver el rostro hechicero
De mi jóven señorita,
La amó con delirio ciego.

Ella le trataba siempre
Con frialdad y con desprecio;
Mas él de su amor le hablaba
Sin inquietarse por eso.

Interceptó vuestras cartas,
Comprándolas con dinero,
Y la jóven entre tanto
Lloraba el olvido vuestro.

La constancia del de Parma,
Si no ha vencido su afecto,
Al menos ha conseguido
De su mano hacerle dueño.

—¡Basta, Juan, tan vil astucia
Demasiado la comprendo;
¿Te atreverás á servirme?
—Mandad, que ya os obedezco.

Con la violencia del rayo,
Ricardo escribió en un pliego
Estas palabras: —"Duquesa,
"¿Recordais mi juramento?"

"Dos años hace que un día
"Os juré un amor eterno;
"Falté al plazo; mas mis cartas
"Los motivos os dijeron.

"Confiado en vuestras promesas,
"Tan frágiles como el viento,

"He vuelto en pos de mi dicha
"Para encontrar un infierno.

"¿Sabeis lo que es en el alma
"Llevar el martirio lento
"De un amargo desengaño
"Guardado en dulces recuerdos?"

"Perdonad si vuestra dicha
"Llego á turbar con mis ecos:
"No soy Ricardo el amante,
"Soy nada mas un espectro.

"Espectro que de la tumba
"Viene con el solo objeto,
"De renovar la promesa
"De un sagrado juramento.

"Mi amor pisasteis, señora,
"Y mi corazón sincero
"Habeis rasgado en pedazos,
"Que brotan sangre y veneno.

"Si alguna vez vuestros ojos
"Vierten lágrimas de fuego,
"Pensad que fui desgraciado,
"Y consagrad un recuerdo

"A la memoria de un triste,
"Que soñaba en vos un cielo,
"Y al que inconstante y perjura
"Arrojasteis á un infierno."

Doblò Ricardo la carta,
 Juan la llevó con empeño
 A las manos de Denisa,
 Que se hallaba en su aposento.

Nosotros despues la vimos
 Acariciarla en su seno,
 Y dejar en sus renglones
 El aroma de sus besos.

IX

Raudas cruzan las horas en el mundo
 Cuando se pasan en alegre orgía;
 Mas lentas corren si el dolor profundo,
 A nuestra vida mezcla su ironía.

Denisa conociendo su inconstancia
 A Ricardo escribió tierna y concisa.
 "Al toque de la oracion ven á mi estancia,
 "Ven que te espera la infeliz Denisa"

A su vista son siglos los instantes
 Que así retardan su postrera cita:
 Sus ojos vagan trémulos y errantes,
 Su corazon con inquietud palpita.

Espléndido el festin que la rodea,
 No turba de su pecho el aislamiento;
 El blanco velo que en su frente ondea
 Velar parece su hondo pensamiento,

La hora, por fin, de las tinieblas llega,
 Y á su cámara régia se retira:
 No con su llanto las alfombras riega,
 Que en torno suyo indiferente mira.

¡Cuán bella está! En su blonda cabellera
 Forman las perlas caprichosos lazos,
 Sus pies apoya en la mullida estera
 Cruzando altiva sus redondos brazos.

¡Cuán bella está! Su tinte de alabastro
 Contrasta con el fuego de sus ojos,
 Lleva en la frente del insomnio el rastro;
 Pero sus labios se conservan rojos.

De cuando en cuando lívida sonrisa
 Vaga en su boca apenas entreabierta,
 Y su mirada lánguida, indecisa,
 Fija con estupor sobre la puerta.

De repente su linda camarista,
 Del duque anuncia la fatal presencia:
 "Que pase" dice; y su impacible vista
 Brilla con el furor de la demencia.

De su ropaje al separar los pliegues
 Dice con eco de dolor sombrío:
 "Tarde vendrás, Ricardo, cuando llegues
 Te encontrarás con mi cadáver frío!"

Penetra en tanto el duque enamorado
 Aquel lujoso y místico aposento: